

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No puedo hablar del Congreso ibero-americano. He llegado a Madrid cuando estaba ya a mitad de su curso. No se me ocurrió tomar parte en sus deliberaciones. Ciertamente su objeto y fin no podían serme más simpáticos, más gratos, más íntimos con la intimidad del pensamiento y del esfuerzo constante. Han solido tacharme de inmodestia muchos que si estuviesen en mi pellejo no cabrían en él; pero aunque huyo de envanecerme, no soy tan modesta que crea que mi labor literaria, cruzando el Atlántico, no ha sido un hilo más en la dulce red que el arte tiende para enlazar y unir a la raza española, y estos hilos son, a mi ver, más fuertes que la trama de las ceremonias oficiales. El escritor, el artista, integra siempre; las ceremonias oficiales muchas veces desintegran, separan lo que aspira a unirse.

\* \*

Se resintió el Congreso de lo que suele resentirse casi todo: de insuficiente preparación, de falta de ensayos, como si dijésemos. El tiempo vino corto, y por eso el contingente de América —entendiéndose por contingente de América los americanos venidos expresamente de allá— fué casi nulo. Organizóse el Congreso en su parte americana con personalidades de diplomáticos acreditados en las diferentes naciones europeas, y residentes en ellas desde hace años, que no necesitaron pasar el Océano para acudir a Madrid, ni apreciaron, por consiguiente, las diferencias, los contrastes, las similitudes, los parentescos, con aquella viveza de ilusión que podrían apreciarlos quienes viniesen directamente de Méjico ó de Montevideo. Aun entre los diplomáticos americanos residentes en Europa he notado abstenciones tan importantes como, verbigracia, la del entendidísimo é ilustre representante de Costa Rica D. Manuel María de Peralta.

Es Peralta, no sólo el diplomático correctísimo, sino el sabio de gabinete, el estudioso incansable, el escritor que ha acertado a poner en claro las cuestiones más importantes para su país. El conocimiento exacto que tiene de las cuestiones americanas le señalaba en el Congreso un puesto, no ya de honor, sino de utilidad y necesidad. ¿Por qué no vino en esta ocasión a Madrid el que dejó aquí gratos recuerdos de afecto, amistad y cortesía?

\* \*

Dicen los que siguieron atentamente las deliberaciones del Congreso, que en él se rindió mayor culto a la efusión, a los vagos y vastos proyectos ambiciosos para lo porvenir, a lo que llamaríamos lirismo, que a los acuerdos de positiva utilidad. Añaden que en esto nos mostramos más jóvenes los españoles, que las jóvenes naciones a quienes abríamos los brazos. Y se ha observado un fenómeno todavía más digno de estudio: que todo cuanto proponíamos los españoles creyendo apuntar una gran novedad, lo tenían ya realizado los americanos, desde hacía tiempo, en sus respectivas patrias. Es decir, que habían madrugado, mientras nosotros dormíamos nuestra siesta, nuestra canónica perezosa, con orquesta de ronquidos. Se hablaba, pongo por caso, de fundar escuelas, y Montevideo respondía que las tiene tan vastas como nuestro Palacio Real, dejándonos con la boca abierta y el espíritu pasmado. Del Congreso de los americanos de origen ibérico (creo que es inexacto decir *latino*), hay que sacar en consecuencia que la raza no es inferior ni refractaria a los adelantos *per se*, sino *per accidens*, cuando la rodean circunstancias como las que España sufre. Si la raza no es inferior, hay esperanzas, dado que las circunstancias se modifiquen. ¡Pero cuánto tenían que modificarse! ¡Qué cambios, qué evolución tan profunda y, debemos confesarlo, tan inesperada sería esa!

\* \*

Otra observación interesante: el Congreso, según se murmura, no ha disfrutado de aquella libertad de acción que sería de desear, cohibido y moralmente amordazado por la vigilancia celosa de la nación que aspira al Imperio de todo el nuevo continente. La suspicacia, la zarpa dura de los Estados Unidos paralizaban, allá en el fondo, ciertos entusiasmos y ciertos deseos bonifimos, generosos, tan naturales como el cariño que se profesa a la familia propia. Al través de las deliberaciones de este Congreso, se transparentaban ya las del *otro*, del que convocan los yanquis para fecha próxima. Se respiraba, sin querer, aires del Norte.

Es curioso que las verdades históricas más grandes y patentes no lleguen a obtener prestigio hasta después de reiterados escarmientos. La división, entre

los hijos de la raza ibera, ha sido fenómeno constante en nuestra historia, y por él se han explicado muchas adversidades y muchos desencantos. La solidaridad, esa gran virtud que estrecha los vínculos de las naciones, nos ha faltado, y por eso hemos visto reducida a polvo y a atomísticos fragmentos la labor de nuestras indomables energías de antaño. Hoy queremos, ante la desgracia y en un día, aprender la cohesión. Y no es fácil. La cohesión es voluntad, la voluntad es la musculatura del alma. Sin ejercicio no se robustece. Un acto de voluntad, un desarrollo de voluntad, pueden salvar a un pueblo, como salvó a D. Juan Tenorio un punto de contricción. Pero no es tan fácil como parece ese movimiento interior, esa descarga eléctrica. El fluido tiene que encontrarse en reserva, acumulado.

\* \*

La calle de Alcalá acaba de presenciar un suceso sangriento, no sólo sangriento por fuera; algo que hace sangre en el espíritu. Dos sacerdotes del Crucificado, dos ministros de una religión de amor y paz, han caído heridos por la bala de un revólver. El uno asesinó al otro, y se suicidó después. En el sitio más público de la corte, ante una multitud espantada, ocurrió este drama horrible. Sería preciso comentarlo con tino exquisito, para huir igualmente de las apasionadas diatribas contra el estado de ciertas clases, que son el tuétano de la vida moral de una raza, y de la indulgencia bonachona, ó más bien indiferente, que no atribuye trascendencia a cosa alguna, y ve en todo el caso aislado, prescindiendo del nexo, de la relación inevitable de los sucesos particulares con la vida colectiva. Por el tremendo hecho de la calle de Alcalá no hemos de deducir que todo el clero se halla corrompido y entregado al desenfreno, ni que le falta hasta la fe que prohíbe la desesperación suicida; pero tampoco hemos de desconocer que necesitamos de altos ejemplos en todas las esferas, estos incidentes trágicos y brutales, tan públicos además, vienen a echar leña al fuego que nos consume.

\* \*

No hace mucho referían los diarios la epopeya de un cura párroco, en cuya parroquia hacía estragos la viruela. Una pobre mujer, una feligresa, había succumbido al repugnante mal. Su familia, en fuga. En fuga todos los vecinos. En huelga el sepulturero. El cuerpo, descomponiéndose, insepulto. Y entonces el cura recordó que enterrar a los muertos es obra de misericordia; que esta fué acaso la primera ejercitada por los cristianos en sus tiempos de angélico fervor; que donde todos pueden olvidar el deber, el sacerdote está obligado a recordarlo y cumplirlo..., y corriendo a la casa mortuoria, amortojó con sus manos el hediondo cadáver, doblemente desfigurado y espantoso; lo cargó a hombros, porque nadie le quería ayudar, y empuñando la azada, abrió la fosa en el cementerio, y dió tierra bendita a aquel despojo en que había latido la humana conciencia... Obscuro acto realizado en una aldehuela, nadie quizás lo recuerde; pero yo me complazco en saludar al cura del villorrio, que rescata los pecados de sus congéneres, los capellanes castrenses de la calle de Alcalá.

\* \*

Conociendo la índole y naturaleza del pueblo español, me apresuro a declarar que no le asusta tanto como puede creerse el hecho de que un sacerdote santigue a tiros a otro, ó al mismísimo prelado. El crimen del cura Galeote no causó gran emoción en este país, habituado a las fazañas de los guerrilleros de sotana y trabuco. Yo misma, en momentos dados, conozco que el hábito de ver guerrear a los ordenados *in sacris* me quita algo de extrañeza cuando en la paz revelan disposiciones belicosas. Me pone también en confusión el distinto criterio con que juzgo acciones que a primera vista se asemejan. Para mí, el cura Merino, echando la llave a su iglesia, terciándose el manto y saliendo «a matar franceses», es en extremo simpático. En él no echo de menos ninguna virtud cristiana ni sacerdotal. A su manera, me gusta tanto como el enterrador voluntario de que antes hablé. Y si me gusta el cura Merino, ¿por qué detesto a los trabucaires? ¿por qué me causan escalofríos los del revólver en plena calle de Alcalá?

¿Soy un español más, igual a la masa que gusta, por encima de todo, de las bizarrias y guapezas, de la afirmación individualista?

¿O es que el cura Merino, cuando salió a correr aventuras, era la *Patria*, y la *Patria* todo lo justifica, todo lo engrandece, todo lo ilumina con su luz sideral, resplandor de una gloria que jamás debemos consentir ver eclipsada?

EMILIA PARDO BAZÁN.